

DRAMA Y SÁTIRA DE LA IGLESIA

Por

Carlos Real de Azúa *

En: *Marcha*, nº 829, 7/09/1956, p. 21-23.

Las masas que nada poseen poco alientan actualmente un deseo impaciente de poseer alguna cosa y exigen que los bienes de aquellos que tienen mucho sean distribuidos. Es éste el mayor peligro de la Francia actual. Para preservarlos (¿los bienes o las masas?)¹ es necesario ir hasta la raíz del mal; esta raíz del mal son los deseos desordenados; es necesario ir hasta esos deseos y extirparlos del corazón.

(“*La Semana religiosa de Arras*” – 1896).

No debemos concluir la verdad de la materia, de una metafísica que no sería más que una ideología retrógrada; lo comprobamos en la vida concreta del hombre, no ya sólo en su comportamiento individual, como antes Tomás de Aquino, sino también en los valores económicos de su vida colectiva cuando discernimos en ellos una de las potencias de la historia. Revelación humana del “homo faber”, que es la grandeza de este tiempo, grandeza temporal pero también grandeza espiritual, si es cierto que este humanismo –humanismo de encarnación en la clase obrera, humanismo de redención en una liberación fraterna- puede realizarse, si abre a la Gracia de Cristo la beatitud evangélica de los pobres y los pequeños; es a ellos que pertenece el Reino de Dios.

(*Padre Chenu* – teólogo dominicano)

El trabajo de la máquina ha movilizadado a millones de hombres. Esta masa, agobiada por condiciones inhumanas de existencia, está separada de la sociedad que vive de su trabajo. En el curso de una lucha heroica y a menudo sangrienta, ha tomado conciencia de su miseria y de sus posibilidades de liberarse, ha creado nuevas solidaridades que no conocen las fronteras, forjado su experiencia, a lo cual el marxismo ha suministrado los instrumentos más eficaces. Un movimiento poderoso la acompaña, enriquecido por una inagotable reserva de energía humana. La clase obrera aspira a colocar al hombre mismo como centro de la perspectiva y como objeto de la revolución técnica. No le basta para ello arrancar a algunos privilegiados los medios de producción de los cuales depende la vida de todos. Su batalla toma una significación histórica de liberación más ampliamente humana: es la humanidad que se esfuerza por vencer al hombre que la torturó durante siglos, de organizarse como humanidad, a la altura de la especie y del planeta que habite. Es la humanidad liberando las energías ilimitadas de la materia, liberada a su vez por las perspectivas insospechables que éstas le abren y decidida a proseguir su inmenso esfuerzo colectivo hasta donde éste mismo la lleve.

(*Libro colectivo de los Padres obreros* – 1953)

* Transcripción y revisión: Lic. Silvia Sánchez.

¹ La anotación irónica del transcriptor francés se justifica por el carácter genéricamente común que la partícula pronominal *les* tiene en ese idioma.

Pertencen estos tres textos —aunque parezca mentira —a los hombres que participan en una misma fe. No en una fe cualquiera, sino en una Fe, en una Iglesia, en un "cuerpo" que, como el católico, se sabe, se quiere básicamente inmutable y tiene felinos que cuidan de esta inmutabilidad. El creyente cree además en otros poderes, en otras gracias, en otras sobrenaturales garantías. Pero como las tres transcripciones no son contemporáneas, la invariabilidad de un dogma, se dirá, no implica la de sus consecuencias, la de sus corolarios. No están en un mismo plano el Decálogo o la Trinidad que la oposición al anticoncepcionismo, que la propagada de "la vestimenta decorosa", que la defensa del "justo salario", que los reclamos de una "escuela libre". No lo están. Pero las diferencias que separan pasajes anteriores parecen, de cualquier manera, demasiado clamorosas.

La distancia que al primero separa de los últimos es la mejor medida del dramático remezón que sufren las posiciones sociales de la Iglesia Católica desde hace algo más de medio siglo. Su alineación puramente cronológica, sin embargo, puede ser engañosa y la imagen de una coexistencia resulta incluso más justa que la de una sucesión. Razonamientos como los de la "Semana Religiosa de Arras" son raros todavía en algunos pulpitos perdidos de Sudamérica y España, aunque se mezclen a menudo con efusiones benéficas y consejos a "los pudientes". Los tres marcan, una línea, un desarrollo y, aventuremos posición, una madurez.

Estrechamente eslabonada a la crisis de nuestro tiempo, la "conciencia social cristiana" aparece hoy más sensible a la "historicidad" que ningún otro ingrediente de la fe o de las estructuras que la apoyan. El proceso que la expresa no se ha movido apaciblemente ni en lo fundamental, a pesar de lo importante que algunas encíclicas papales hayan sido, por puras definiciones de autoridad. Se ha movido conflictualmente, se ha movido por "dramas".

La Iglesia moderna tiene ya un largo rol de estos dramas, que no se aprietan en los sesenta años de aquellos textos ni siquiera tienen que ver todos con lo que estrictamente cabe llamar Cuestión Social. Se enlazan, en cambio, todos, en las relaciones de la Iglesia con el mundo, —con el Mundo moderno en su más lato sentido— y con su destino dentro de él.

Francia parece tener un casi monopolio de estos conflictos (lo que por sí ya hablaría de la importancia de su Iglesia dentro de la Iglesia universal). En ella, el catolicismo social romántico tuvo su drama: el de Lamennais. Las tentativas de filiar a la Iglesia francesa junto a la Tercera República naciente y al "progreso" se cierran en torno a otro drama: el del Sillón y Marc Sangnier. El abate Loisy y el "modernismo religioso" corren también por esos años. La condena de la "Acción Francesa" de sus afirmaciones se cargó de un sentido más político que religioso. Pero el dilema entre "la primacía de lo espiritual" y la primacía de los medios políticos inmediatos desgarró trágicamente muchas ciencias. 1936 inicia un nuevo y discurridísimo drama: el de España. El horror ante la matanza mutua, el repudio a que se invocara para ella, desde un bando, a la Iglesia, la fe, la santidad de la guerra y "la defensa de la Cristiandad" tuvo en la inteligencia cristiana francesa su epicentro. Aunque algunos españoles, naturalmente (José Bergamín, sobre todo) y algunos hispanoamericanos participasen a lo largo de todo él, las claves básicas de aquella toma de posición fueron dadas por franceses. El debate no es comprensible si prescindimos de Bernanos, de Mauriac, de Maritain, de Emmanuel Mounier, de Brasillach, de Claudel, de Massis...

Aunque muy distintos entre sí (y sobre todo el último, protagonizado esencialmente por laicos), esos conflictos se plantearon siempre en ese extremo que llamamos drama. Dilemas íntimos dolorosos, opciones y elecciones entre sinceridad y disciplina, renunciadas y rebeldías, dan un rigor y un contraluz cornelianos a esa seguida sucesión de los procesos de Port Royal. Todos tienen ese aire

agónico de su ilustre antecesor, ese clima desgarrado que tan bien diera Montherlant en su última obra teatral, (de aquel nombre), y de 1954.

El reciente (1948-1953) drama de los Padres obreros —"curas", sin curato, les llama Edmundo Fontana, el traductor de Pierre Andreu—², parece el más agudo, el más radical, el más hondo y ¿por qué no? el menos resuelto de todos. Se dice que estuvo a punto de dividir a la Iglesia Católica. Mezclado con medidas disciplinarias dentro de la Orden Dominicana, tan cercana a los Padres incriminados, con remociones, con condenas de periódicos, levantó a una parte del catolicismo de Francia contra las decisiones del Vaticano. Francois Mauriac clamó que las *congregaciones romanes* decapitaban el *ala avanzada del catolicismo francés* y reclamó el concordato que pusiera a salvo de ciertas presiones a la Iglesia de su país. Se habló del Papa enfermo y se sospechó de Cardenales movidos por intereses políticos y económicos. Reemplazados los Padres obreros por los sacerdotes de la Misión obrera como diócesis independiente y extraterritorial, siguen igualmente dando trabajo. Un número reciente de *L'Express* de Mendés-France traía una página entera en blanco. Se había solicitado a última hora que los padres de la Misión obrera retiraran una declaración colectiva sobre la quemante cuestión de Argelia. Razones, esta vez de seguridad nacional, chocaban de nuevo con ellos.

El problema, —y la realidad-, de los Padres obreros explotó cuando dos de los suyos fueron detenidos por la policía (y apaleados sin asco) a raíz de las manifestaciones obreras (Confederación General del Trabajo y Partido Comunista) contra la presencia del General Ridgway en París y contra la Alianza del Atlántico. Estos sucesos, que también hicieron nacer los muy difusos pero sugestivos desarrollos de Sartre sobre *Les communistes et la paix* ("Les temps modernes", números 81, 84-85 y 101), ambientaron por primera vez en la opinión pública este gran escándalo político-disciplinario, hasta entonces latente, del catolicismo.

Cinco años de vida tenía entonces la institución de los Padres obreros y ya había agitado bastante los entretelones jerárquicos. Aunque Andreu no lo destaque, es indudable su filiación en el ambiente espiritual de la postguerra y la Resistencia. Cierta buena voluntad social, cierta conciencia de cambios inminentes de estructura, los lazos que la lucha común había anulado entre algunos núcleos católicos y el marxismo fueron, sin duda, decisivos.

La historia es larga pero puede resumirse. Algunas experiencias aisladas: la del padre Loisy entre los portuarios de Marsella, la de los católicos que, como el padre Dillard, fueron a compartir durante la guerra, con deportados y prisioneros, los años de cautividad en Alemania dieron una medida, hasta entonces no advertida de la descristianización profunda de la clase obrera francesa. Un libro de gran resonancia, *France, pays de mission?* de los abates Godin y Daniel encauzó y prestigió estas preocupaciones. Comprobaciones similares arrojaron otras encuestas en el medio rural.

Cuando escándalo y represión llegaron la cuestión estaba ya tremendamente complicada. Tan complicada como lo están siempre los debates en que se imbrican la religión, la política y los intereses económicos y sociales. Los "cristianos progresistas" y su jefe, el abate Bouillier, habían agregado nueva leña a la hoguera, apoyando los planteos más extremos y confundiendo su causa con la de los sacerdotes obreros. Aunque fueran movimientos nacidos de un mismo clima social es

² Cf. PIERRE ANDREI: *Grandeza y errores de los curas obreros*. Traducción de Edmundo Fontana. (Buenos Aires, Editorial Leviatán, 1956, 256 pp.) En este libro baso, principal, el análisis del tema. Una segunda parte de este trabajo examinará las objeciones que se han levantado contra los curas obreros y contrastará este movimiento con las escandalosas "revelaciones" de Peyrefitte en *Las llaves de San Pedro*.

obvio sostener que el de los intelectuales católicos comunizantes y el del clero proletarizado no eran idénticos. Por ese tiempo, el libro de Gilbert Cesbron, *Los santos van al infierno* llevó al público una versión (muy objetada) de la experiencia. Los grandes nombres del cristianismo francés, no sólo católicos sino también protestantes y hasta algunos residentes eslavos ortodoxos, fueron entrando en la discusión apasionada. Jacques Madaule, Albert Beguin y todo el grupo de *Esprit* apoyaron la nueva bandería. Otros, como Mauriac, protestaron más genéricamente contra la intervención vaticana. Los padres Congar, Chenu, Desroches, Montuclard, el abate Depierre examinaron con lucidez y simpatía los esfuerzos personales de un sacerdocio más joven y fijaron lo que cabe llamar "la doctrina". A cargo de la alta jerarquía francesa, especialmente los cardenales Feltin y Saliége, estuvo el papel de impartir los consejos y lanzar las advertencias. Los grandes periódicos católicos franceses se alinearon en pro o en contra, no tanto de los Padres obreros en sí como de sus planteos más radicales o de las consecuencias futuras de su compromiso. En las adhesiones de *Esprit*, de *La vie intellectuelle*, de *La Quinzaine*, de *L'Actualité religieuse dans le monde*, de *Jeunesse de L'Eglise* caben todos los matices y los mismos matices entre un colaborador y otro de cada uno de esos periódicos (en los que reinó casi siempre un clima de ejemplar libertad). *Etudes*, *Temoignage Chretien*, *Nova et Vetera*, *La Croix* y, ni que decir, *L'Osservatore Romano* fueron, en general, los portavoces de las objeciones. No es exagerado sostener que el debate que todas estas voces, corralmente, integraron es, ética e intelectualmente, uno de los más memorables de nuestro tiempo.

II

Porque, detrás de la anécdota y de la biografía, tan ricas de sustancia humana, hay otra dimensión en este drama de los Padres obreros que es ideológica, doctrinaria, intelectual. Una lucha de posiciones, de gran limpieza dialéctica, acompaña la experiencia de estos hombres y es, más allá de esa experiencia, la que da hondura y validez. Dentro de las buenas maneras que la Iglesia usa en sus propios debates, se encrespa una pasión, se despliega una capacidad de compromiso (en el sentido existencial del término), se ejerce una habilidad que viven en cada una de las líneas de la enorme cantidad de artículos, ensayos y declaraciones que durante tres o cuatro años llenaron diarios, revistas y hasta boletines.

La posición de los Padres obreros se organizó desde una visión de la sociedad y una visión del catolicismo actual. Llegó, desde ellas, a una concepción muy especial —conturbadoramente original— del destino del sacerdote y de las técnicas del apostolado.

Nace la primera de una conciencia muy viva de la miseria del proletariado. Hambre, frío, inseguridad, desocupación, fatiga y tugurios se suman a una experiencia angustiada de su *segregación* del resto de la sociedad y se ahonda con una noción, lúcida y espoleadora, de *las posibilidades que le son negadas*. De ese contacto, inicial y primario, resultará para los Padres obreros el deber de luchar contra un orden capitalista *opresivo e injusto* y postular las grandes causas del bienestar obrero y la Justicia. También, muy especialmente en 1950, *por la Paz y contra la bomba atómica*. Comprometidos en esa lucha, todos los Padres obreros llegaron a una comprobación: los intereses de la clase obrera francesa eran inseparables de los de la C.G.T. (Confederación General del Trabajo); los de ésta también eran inseparables, y lo son de los del Partido Comunista. La C.G.T. como parte conciente y actuante del proletariado, el Partido Comunista como única fuerza efectivamente activa en la lucha por la Justicia y por la Paz tenían que ser tomados "in totum" o dejados. Conclusiones similares éstas a las de J. P. Sartre, llevaron a los Padres obreros a una identidad indisoluble: ser obrero, ser auténticamente obrero, es ser comunista.

Este juego de identidades tiene algunas consecuencias; una de ellas es la cerrada hostilidad a todo lo que divide a la clase obrera, ya que la unidad del proletariado es la mejor, y la única, arma de lucha. Prestigiar otros sindicalismos: la *Force Ouvriere* socialista, la C.F.T.C. (*Confederation Française de Travailleurs Chrétiens*), es debilitar la causa que se dice servir. Para sumar complicaciones, el contacto con el sindicalismo católico fue para los Padres obreros decepcionante. Además de juzgarlo una fuerza de escasísima capacidad combativa, pensaron en general que la misma clase patronal estaba demasiado entre sus bambalinas.

Pero fue la experiencia, no ya del comunismo ahora, sino de los comunistas la que resultó decisiva en este radical embanderamiento. En la pasta humana de la fábrica y de la clase dirigente sindical, los Padres obreros encontraron calidades de alegría y devoción, de austeridad y camaradería, que creían perdidos. Valores estrictamente morales, estrictamente espirituales, inflamaban y dinamizaban una esperanza grande. Comparando esa temperatura con la de sus feligresías, alguno de ellos anotaba melancólicamente: *conservamos las cenizas sin comprender que hay fuego en otro lado*.

En la fábrica también, pero sobre las máquinas y sobre los objetos, los sacerdotes descubrieron otra cosa: la olvidada dignidad, la olvidada belleza de la materia. El padre Dillard, uno de los capellanes que fueron a Alemania con los deportados, encuentra primero entre los obreros de Wupperthal, *la santidad de la materia*. Más tarde, en Francia misma, los Padres obreros, al participar en este descubrimiento, sienten que él presta una nueva significación a porciones de su fe y a realidades que les parecían menospreciadas: la encarnación, las materias de la Comunión, la vida terrenal de Cristo. Uno de ellos sostuvo: *el obrero no trabaja con cualquier herramienta, y por más elemental que sea, utilizará la suya, la que está casada con su mano, desde siempre. Se dirá que mi imaginación trabaja y que todo esto es poesía. Creo que hay mucho más que esto y que no ha sido por azar que Cristo quiso ser obrero*. Generalizó después: *la internacional obrera no es sólo una lucubración marxista, sino una realidad tangible y fue necesario que Cristo fuera obrero y se encarnara en la materia eucarística para que la opacidad de la materia fuera vencida y para que esta comunión se convirtiera en comunión de amor*.

La participación en la vida obrera no podía dejar de importar el contacto con la ideología que ordena su lucha. La tentación de ver en el marxismo *la filosofía inmanente del proletariado*, como lo anota alguno de los contradictores, fue demasiado fuerte para algunos; en ella cayeron muchos fervorosos. Todos estuvieron, por lo menos, lejos de ver en el marxismo la entidad demoníaca en que lo erigen sus enemigos: todos lo admitieron en realidad como el único instrumento eficaz de análisis social que la comunidad industrial, la comunidad moderna, dispone. Esta aceptación no dejó, naturalmente, de verse con una serie de reservas y limitaciones pero esas reservas y esas limitaciones —casi siempre cordiales, casi nunca cautelosas— son más las del que se siente básicamente solidario con algo que las del que trata prudentemente de dibujar deslindes o de levantar fronteras. Este sector de la experiencia de los Padres obreros se engrana así coercible en ciertos medios intelectuales de Europa, de lograr un sincretismo, una coherencia, entre la esperanza temporal y la esperanza espiritual; entre una filosofía de la inmanencia y una filosofía de la trascendencia. El potente aparato conceptual de algunos grandes teólogos dominicanos fue el que, sobre todo, más se empeñó en esta dirección. Los padres Desroches, Congar, Chenu abren la vía a la vasta tentativa probablemente tan importante como la alianza de la filosofía griega y el cristianismo medioeval — *de darle un alma al marxismo*. Algunos de ellos hablará de la fundamental ganancia religiosa que importará destruir *la imagen idólatra de Dios* y el padre Congar *de los elementos válidos que existen en las soluciones de una teoría que no admite como tal*

pero cuyo encuentro *no puede evitar*, y a la que valora como *fermento concreto de la lucha obrera, diariamente presente y activo*.

A este diagnóstico responde un prospecto básico. Es la honda e indesarraigable convicción de que la nueva sociedad será industrial y proletaria; la de que en el proletariado actual esta sociedad late ya, y ya actúa. El sacerdote que participa en ella, compartiendo el dolor y los trabajos de todos los días sin ninguna inmunidad, sin ninguna prerrogativa, el que acompaña la marcha de *la única fuerza que va a cambiar la historia* se siente, premonitoriamente, la imagen de un destino futuro. El cura obrero, dirá alguno de ellos, *esboza con su acción y con su vida el primer esquema de lo que será mañana el hombre cristiano de un nuevo tipo de civilización*.

Todo este planteo precedente se duplica, dualísticamente, con una visión, muy copiosa y muy unívoca, de los otros sectores de la sociedad. Y su visión se centra, en especial, sobre aquellos ámbitos que cabe considerar nominal o declaradamente cristianos.

Los Padres obreros insistirán en la inocultable existencia de una tupida red de intereses que mantienen activamente la *alineación de la Iglesia a un mundo de ricos* y en la experiencia, para ellos revulsiva, reveladora, de que otras clases de la sociedad, y sobre todo la clase obrera, vean a la Iglesia precisamente eso, *una Iglesia de ricos*. Que vean en el sacerdote —lo dice alguno— un alátere, tarifado, de *la funeraria*. La Iglesia, concluyeron, condena teóricamente el capitalismo (aún limitando el área de su condena con el pudoroso adjetivo de liberal); prácticamente, se inscribe en su mundo. De eso a considerar farisaicas e inauténticas las adhesiones religiosas de las otras clases había sólo un paso: muchos Padres obreros lo dieron. Otro más era posible y también fue dado: el paso de la abstención, el de cierta indiferencia. La situación de lo que se ha llamado la *Iglesia del silencio* en los países controlados por el comunismo y sobre todo en Polonia y Hungría parece plantear para muchos —incluso cristianos de orientación política de izquierda— una alineación simétrica y contraria a la que la Iglesia de Occidente sufre. Distintas presiones, distintas dominaciones, distintas filosofías destruyen por otras vías la libertad evangélica y la autenticidad esencial. Los Padres obreros en sus cinco años de acción inicial no unieron nunca sus voces a una corriente de protesta que en algunas circunstancias, como en los Juicios de Mindsenty y Sternac fueron voluminosas.

La explicación no es sencilla y los reproches de André resultan, por lo menos incomprensivos. El autor cita un texto de Georges Hourdin, vinculado a los Padres, en el que se recuerda el pasado francés para sostenerse que es común el choque entre una Iglesia envejecida y un Estado revolucionario y confiar en que las iglesias que han sufrido persecuciones han podido sobrevivir. Esta actitud (creemos) ha tenido móviles menos históricos. Uno de ellos: la atracción secreta del martirio. Otros: la convicción de que el cristianismo perseguido paga culpas; la fe en la cristianización del marxismo; una visión providencialista y microcósmica de la historia; un rigor moral que juzga severamente la autenticidad de la propia fe y que en cambio abre crédito de rectitud a los que no participan de ella.

Cierto es que, de esta experiencia del mundo proletario, de esta visión del mundo burgués nacieron para los Padres obreros dos operantes consignados. En una se resume el sentido de su compromiso, en la otra se cifra el de su propia invención.

Evolución primero evangelización después. Ningún Padre obrero ordenó estos deberes con tan tajante sucesión. Pero la fórmula ha sido extraída de los planteos —más tarde condenados— del padre Montuclard y, para cualquier lector de buena fe, parece subyacer en las reflexiones con que muchos

Padres buscaron el signo de su sacerdocio y el sentido de sus tan debatidos compromisos temporales.

La actitud del sacerdote obrero se iluminará cuando desespere. Cuando llegue a la convicción de que una predicación de tipo común no es viable en el medio proletario, ese medio, justamente, del que se siente salir un tiempo nuevo, un devenir irrestañable. La inseparabilidad de un sacerdocio "útil" y de la condición obrera será una fórmula extrema pero ¿cómo no llegar a ella el que crea encontrarse en la corriente de la vida y se niegue a llenar una ritualidad que siente vacía, a cumplir la extremaunción de un mundo condenado? *La apostasía de las masas* no deja otro camino y aunque esta *apostasía* sea ya un hecho lúcidamente aceptado por la visión cristiana del mundo actual, resulta sorprendente que sea en Francia que nazca, con fuerza tan extrema, esta lacerada visión. Porque Francia, es considerada —en el resto del mundo católico— como el país más exitoso en el plano de la acción intelectual y social. Y no es esta visión de la *apostasía* la de un abandono masivo, pasado o presente, de la Iglesia. Es más bien la de una total "ajenidad" a ella, de grandes capas de población en las ciudades y en los campos. Encuestas cuidadosas comprobaron que *en la predilecta de la Iglesia*, barrios enteros, zonas agrícolas de ciertas regiones eran tan extrañas a todo cristianismo como si Cristo no hubiera nacido. Enfrentados con este hecho, todos los medios de evangelización ensayados desilusionaron a estos ardientes; nuevas técnicas parecieron necesarias. La escuela confesional, tan trabajada en Francia por las diferencias de clase, la inadecuación y la *esclerosis de la parroquia bien pensante*. El fracaso creciente del "jocismo" (juventud obrera católica) en acentuada decadencia después de la segunda guerra mundial, la mediocridad y timidez de la Acción Católica obrera, la ambigüedad creciente de los fines de los Trabajadores Cristianos, todos estos fenómenos fueron tenidos en cuenta.

Al cerrarse, por inviabilidad, esos caminos, al numeroso grupo que ha de formar después el clero obrero, sólo uno, hacia 1948, parece eficaz. Fue recorrido hasta el fin, en una conmovedora y decisiva aventura.

Esta aventura tiene un muy sencillo punto de partida. El "*id al pueblo*", de León XIII deja de ser una consigna, un tema de retórica populista, un programa de repartos caritativos; se hace literal. Alguien va al pueblo, pero a quedarse con él: al sacerdote obrero. Vivirá de lo que el pueblo vive: de su trabajo. Será lo que los hombres del pueblo son: jornalero, proletario. Alguno de ellos había reflexionado: *la clase obrera no tiene necesidad de personas que se apenen de su miseria sino de hombres que compartan sus luchas y sus esperanzas*. Como lo había realizado años antes, en tentativa solitaria, la magnífica Simona Weil (*La condition ouvrière*) los sacerdotes obreros sintieron que, para estar con el pueblo, había que hacerse tal. Y como no quisieron compartir sólo una situación objetiva, sino también una mentalidad, una visión de la vida nacidas del trabajo mismo, se zambulleron en lo proletario hasta el compromiso total, hasta el olvido de todo lo que atrás dejaban.

Como obreros, pero también como sacerdotes, desecharán inicialmente el resabiado lema: *conquistar*. No irán a conquistar sino, más bien, a ser conquistados, con todo el terrible riesgo espiritual que para ellos eso comporte. La necesidad de *un nuevo tipo de sacerdocio* se ayunta en ellos con el desapego por *convertir*. Tentativa de curas burgueses, que se esfuerzan por adaptar a los obreros la expresión burguesa de la religión como lo sostuvo alguno, el convertir será también para otros un esfuerzo por postergar la impostergable lucha obrera, y, a la postre, un esfuerzo inútil. Porque, si creen, que la Iglesia actual no tiene cuadros en los que recibir al obrero como comunidad, sin falsificarlo ni aburguesarlo, la parroquia, el único mareo que podrá (o intentará) cobijar al convertido, terminará por expulsarlo, desencantado, rebelde. Otro fin se fijarán por ello los Padres obreros: testimoniar a Cristo. Con su vida, con su trabajo, con su caridad, con su

ejemplo, con su solidaridad de clase. Y su aspiración última será crear comunidades cristianas, nuevas formas de congregación adecuadas para un tipo de civilización marcada por la primacía de lo colectivo.

Este compartir la vida obrera en su plenitud tiene, todavía, un cabo. No basta estar sometido al frío, a la inseguridad, a la desocupación, a la vida horrenda, ni siquiera a la muerte (como el abate Favreau, aplastado por la carga desplazada de un lanchón, en el puerto de Burdeos). Compartir la vida obrera implicará otra cosa que sufrir su condición: implicará compartir su lucha.

Con su cultura superior promedio circundante, con fervor, los Padres obreros sintieron que no podían hurtar a este deber, que no podían hurtarse a participar de las responsabilidades del combate por la liberación desde los puestos de la dirección sindical. No estar en ellos no es estar plenamente con el proletariado cuando les fueron ofrecidos, los Padres obreros no se rehusaron. Uno de ellos, por ejemplo, el padre Henri Barreau, llegaría a ser secretario del Sindicato de Metalúrgicos del Sena, columna de la C.G.T., clave de todo el trabajo francés.